

El momento, por lo tanto, era de reflexión sobre los esquemas teóricos producidos a comienzos de la década de los cincuenta y sobre la experiencia de los países latinoamericanos. Yo propuse en el ILPES que organizáramos un seminario para impulsar una relectura crítica de los textos "clásicos" de la CEPAL, y me correspondió hacer la presentación de esos textos como introducción al debate. Desde Ginebra, Prebisch seguía atentamente nuestra actividad, bien informado por los minuciosos informes que le enviaba su fiel escudero Benjamín Hopenhayn. Nos envió un mensaje felicitándonos por el trabajo y con gran delicadeza solicitó que no se divulgara nada antes de su regreso a Santiago.

Por primera vez nos reuníamos un grupo de economistas y sociólogos para debatir la problemática del desarrollo/subdesarrollo a partir de una serie de textos teóricos elaborados en la propia América Latina, compaginándolos con la experiencia vivida de la que muchos de nosotros teníamos conocimiento directo. Estaba lejos de ser un seminario académico, porque nadie hacía juego personal, marcando cartas, preservando sus ideas supuestamente más originales para publicaciones personales. Yo era el único de los presentes que había participado en la redacción de los textos originales. José Medina Echevarría había sido contemporáneo y había hecho algunas aportaciones críticas; los demás presentes pertenecían a la generación que se había incorporado a la CEPAL a partir de mediados de los años cincuenta.*

REGRESO A LA VISIÓN GLOBAL DE PERROUX Y PREBISCH*

La visión del mundo que prevalece a nuestra época esta dominada por la idea de desarrollo. El hombre es visto como un factor de transformación del mundo mediante la realización de sus potencialidades y virtuosidades. Tomamos como evidente que el hombre no está en equilibrio con el medio: se necesita transformar para realizarse individual y colectivamente.

* En ese seminario, cuyas reuniones se realizaron los miércoles a partir del 3 de junio de 1964, participaron Cristóbal Lara, Eric Calcagno, Fernando Henrique Cardoso, Ricardo Cibotti, Norberto González, Benjamín Hopenhayn, Carlos Matus, Gonzalo Martiner, José Medina Echevarría, Julio Melnick, Luis Ratinoff, Osvaldo Sunkel, Pedro Vuscovic y Francisco Weffort.

* Furtado, C. (2006) *Économie Appliquée*, Tome LIX, No. 3, Paris, ISMEA, septembre, pp. 13-22.

Traducción del francés al español: Diego F. Juárez Díaz. Revisión de la traducción: Arturo Guillén.

Ponencia presentada en la conferencia Francois Perroux, organizada por el Colegio de Francia, Paris. Junio de 1994.

Cualquiera que sean las antinomias que se presentan entre las visiones de la historia surgidas en una sociedad, el proceso de cambio social que llamamos desarrollo adquiere una cierta claridad cuando la relacionamos a la idea de creatividad. Las sociedades, para simplemente reproducir sus estructuras tradicionales, tienen necesidad de los medios de defensa y de adaptación, cuya eficacia refleja la aptitud de sus miembros para formular hipótesis, resolver problemas, tomar decisiones frente a la incertidumbre. Ahora bien, la aparición de un excedente adicional –consecuencia del intercambio con otros grupos humanos ó simplemente del acceso a recursos naturales más generosos– abre a los miembros de una sociedad todo un horizonte de opciones: no se trata más aquí que reproducir lo que existe, sino de hacer crecer el campo de lo que es inmediatamente posible, este espacio intermedio entre el ser y la nada al que se refería Leibniz, al seno del cual se concretizan las potencialidades humanas.

El nuevo excedente ha representado un riesgo a la inventiva. Visto bajo un ángulo de observación deferente, no podemos dejar de notar que si los agrupamientos humanos se han esforzado con todo para tener acceso a un nuevo excedente, es por que la vida social crea una energía potencial en la cual la liberación exige medios acrecentados. En su doble dimensión de fuerza generatriz de nuevos excedentes y de impulso creador de nuevos valores culturales, este proceso liberador de energías humanas representa la última fuente de lo que consideramos como el desarrollo.

La maravillosa gama de culturas que surgieron sobre la Tierra prueba el fabuloso potencial de creatividad del hombre. Si sabemos algo del proceso de creatividad cultural, es exactamente esto: las posibilidades del hombre son insondables: a niveles de acumulación que nos parecen hoy extremadamente bajos han brotado civilizaciones que, bajo numerosos aspectos, no han sido sobrepasadas. Sabemos también que esta creatividad tiene lugar en el seno de un espacio discontinuo que crece bruscamente y tiene una tendencia a la saturación. Todo pasa como si un mensaje inicial determinado –mutación auténtica– tuviera un programa por el cual se determine el comportamiento futuro del proceso creativo. Que en menos de un siglo la tragedia ática haya nacido y evolucionado hasta el punto de alcanzar su expresión definitiva y jamás sobrepasada –como observar ese traductor apasionado de Sófocles que fue Hegel– es la prueba que una cierta cultura puede atravesar periodos de gran creatividad. El teatro, al permitir a los griegos profundizar en su identidad cultural y sumergirse en las raíces míticas del subconsciente colectivo, les enriqueció su vida a nivel de la visión del mundo y de su propio conocimiento. Herodoto, que ganaba su pan diario recitando en las plazas públicas capítulos de la historia de las Guerras Médicas, representa un ejemplo maravilloso del nacimiento de la conciencia crítica en una cultura.

Si poco sabemos de las leyes de la creatividad cultural, es totalmente evidente que el campo de lo posible en lo que concierne a esta creatividad, es más importante que lo que somos propensos a pensar bajo la influencia de las tradiciones religiosas y filosóficas. Una comparación digamos superficial de la filosofía griega, en cuya influencia fue tan profunda en la formación del hombre moderno –esta filosofía orientada esencialmente hacia la observación del mundo sensible–, con la filosofía hindú, orientada hacia la experiencia subjetiva, hacia los conflictos morales inherentes a una condición humana, es suficiente para darnos una idea de la amplitud del horizonte en el cual se mueve la posibilidad de invención del hombre. Sin embargo, ese movimiento no es errático: lo esencial de la actividad creadora ha evolucionado al seno de un espacio bien estructurado. La sociedad se reproduce primero e, haciéndose, imprime una coherencia diacrónica a la cultura. El proceso de innovación encuentra ahí límites de los que no se libera hasta que se producen verdaderas discontinuidades.

En la cultura salida de la revolución burguesa, la racionalidad es uno de los cuadros ó estructuras implícitas que ordenan y someten la creatividad. Max Weber nos advirtió de la importante línea de demarcación que diferencia, en esta cultura, la racionalidad con respecto a los medios de actividad social, de aquella que concierne los fines de la acción humana. Esta bifurcación –en donde el dualismo cartesiano es uno de las primeras y de las más claras manifestaciones– tiene probablemente sus orígenes en la coexistencia de dos sistemas de cultura –el feudal y burgués– en el proceso de formación de la civilización europea moderna. Gracias a ello, las energías creadoras han podido ser progresivamente canalizadas y puestas al servicio del desarrollo de las fuerzas productivas. Podemos leer la historia de la civilización industrial como una crónica del progreso de la técnica, es decir de la subordinación progresiva de todas las formas de la actividad creadora a la racionalidad instrumental.

Así, la investigación científica fue puesta progresivamente al servicio de la invención técnica que está, de su lado, al servicio de la búsqueda de una más grande eficacia del trabajo humano y de la diversificación de los modelos de consumo. Ahora bien, durante largo tiempo esta investigación consistió sobretodo en una aventura superior del espíritu –presión de este “espíritu absoluto” que a los ojos de Hegel se manifestaba bajo formas de experiencias artísticas, religiosas y filosóficas–, respuesta al deseo del hombre para comprender mejor y conocer el mundo sensible y a él mismo. Como el conocimiento del mundo sensible es la condición *sine qua non* por la que el hombre transforma el mundo, es decir para que avance en el proceso de acumulación, es normal que la ciencia haya ocupado una posición eminente en la cultura salida de la revolución industrial. Pero, en la medida en que transforma en actividad al servicio de la técnica, su contenido en tanto que experiencia fundamental del hombre, se reduce. Algo parecido se produce al momento que la creación artística es puesta al servicio del proceso de diversificación del consumo.

Los impulsos esenciales del hombre, nacidos de la necesidad de autoidentificarse y de situarse en el universo –impulsos que están en el origen de la actividad creadora, como la reflexión filosófica, la meditación mística, la invención artística y la investigación científica de base– fueron de una forma ó de otra subordinados al proceso de transformación del mundo físico exigido por la acumulación. Los vínculos de la creatividad con la vida humana, concebida como un fin en sí misma, se debilitan mientras que se hipertrofian sus vínculos con los instrumentos que el hombre utiliza para transformar el mundo.

De la reflexión sobre esta temática resulta una antropología filosófica, es decir una teoría general del hombre que jamás fue explicitada. Es a la pobreza de este tema a lo que se le atribuye el deslizamiento frecuente al reduccionismo económico y sociológico. Ya que el desarrollo se fundamenta sobre la realización de las potencialidades humanas, es natural conferir a esta idea un sentido positivo. Las sociedades serian desarrolladas en la medida en que en su seno, el hombre vendría a satisfacer sus necesidades y a renovar sus aspiraciones. Así el estudio del desarrollo tiene como tema central la invención cultural, en particular la morfogénesis social, aunque hasta hoy en día esta temática ha permanecido casi intacta. ¿Por qué una sociedad presenta en un periodo determinado de su historia una gran capacidad creadora? Es esta la cosa que se nos escapa. Todavía menos sabemos por qué la creatividad se orienta en una dirección precisa.

Las razones por las cuales una sociedad favorece, en tal o cual momento de su historia, la creación de las técnicas y no de los valores sustantivos, sigue siendo un dominio inexplorado de la teoría del desarrollo. Todavía menos conocidas son las razones que orientan la creación de los valores en los planos estéticos, religiosos, políticos ó del saber puro. Ciertamente, la innovación, que toma la forma de progreso técnico, posee un poder de difusión mucho más importante que la creación de los valores sustantivos. Las técnicas tienen más vocación a la universalidad que los valores. Ahora bien, en la civilización industrial la capacidad inventiva del hombre ha sido orientada de preferencia hacia la creación técnica, lo que explica la formidable fuerza expansiva que caracteriza a nuestra civilización. Es a este cuadro histórico al que hay que atribuir el hecho de que la visión del desarrollo en nuestra época haya sido circunscrita a la lógica de los medios, en relación con la idea de productividad. La teoría del desarrollo ha tendido, en consecuencia, a confundirse con la explicación del comportamiento del sistema productivo que surgió con la civilización industrial. Los valores sustantivos son implícitamente considerados como trascendentales para la sociedad, como simples epifenómenos.

De manera estricta, no podemos hablar de desarrollo más que cuando el hombre consagra su potencial creador al descubrimiento de sí mismo, enriqueciendo su universo de valores. El desarrollo no es real más que

cuando la acumulación material conduce a la creación de los valores adoptados por importantes segmentos de la colectividad.

Es esta visión del desarrollo que guió la obra teórica de ciertos autores como François Perroux y Raúl Prebisch, a partir de las enseñanzas de Keynes y de Schumpeter.

Poniendo en primer plano la visión sistémica de las decisiones económicas, cuya disposición insuficiente sería la causa primaria del subempleo de los factores, intermitente ó crónico, Lord Keynes había restablecido la supremacía de lo político sobre lo económico.

De esta visión macro-social emerge una teoría de las decisiones que debería valorizar considerablemente el rol de los centros de poder. Si la lucha contra el subempleo exigía, en los países industrializados, una acción directriz del Estado sobre el conjunto del sistema económico, ¿qué decir de las modificaciones estructurales sin las cuales sería difícil escapar a las dificultades del subdesarrollo?

La obra de François Perroux es de una importancia considerable en la formación de un pensamiento ligado a una problemática que permitía conceptualizar el subdesarrollo. Perroux trabajó desde los años cuarenta en la elaboración de una teoría susceptible de darse cuenta de las realidades de un mundo que se globalizaba: intentó construir una nueva coherencia teórica que asumía la desigualdad de los agentes, sus estrategias y el espacio geográfico, todo subrayando la fuerza organizadora del efecto de dominación. Ciertamente, Schumpeter puso el acento sobre el efecto innovación, pero lo circunscribió a un cuadro de referencia estrictamente económico. Perroux conceptualizó el efecto más complejo de dominación, que desborda necesariamente lo económico, y además pone en relación las estructuras sociales y la organización del espacio. Observando bajo este ángulo las decisiones de los diferentes agentes sociales, pone en evidencia los fenómenos de macro-decisiones, a las cuales atribuye un rol remarcable en la determinación de la realidad económica.

La macro-decisión encuentra su origen ya sea en el Estado, sea en otra entidad dominante, y se fundamenta sobre una anticipación sistémica, es decir, sobre una evaluación preliminar de las reacciones y sobre la utilización de la restricción para hacer compatibles los comportamientos discordantes de los diversos agentes.

Aunque el planteamiento central de su pensamiento se orientaba hacia el concepto de polo de crecimiento –el cual incluye tres elementos esenciales: la industria clave, la organización imperfecta de los mercados y las eco-

nomías externas especiales— François Perroux, al haber unido estrechamente el desarrollo a la idea de poder, confiere a su obra un alcance considerable que continúa creciendo

Esta idea permitió ver más claro el hecho que las actividades de los empresarios son, en esencia, formas de dominación social, la innovación técnica siendo uno de los lugares generadores de poder de importancia mayor en la sociedad capitalista. Además, este poder es el principal vector de la integración transnacional de las actividades económicas y origen de las asimetrías que engendran el subdesarrollo.

Las ideas de François Perroux influenciaron mucho la investigación en ciencias sociales en América Latina de tal manera que completaban la visión de centro-periferia de Raúl Prebisch. Ninguna idea ha tenido tanta significación para la percepción del problema de subdesarrollo que esa de la estructura centro-periferia. La preocupación inicial fue bien la propagación internacional del ciclo de negocios, es decir, la diversidad de comportamiento de las economías exportadoras de productos primarios frente a las economías exportadoras de productos industriales. Esta idea reunió una visión global del sistema capitalista a la percepción de la heterogeneidad de este último, donde la formación histórica debe ser atentamente observada si queremos aprehender la especificidad del subdesarrollo.

La profundización de estas ideas por el grupo de economistas conocido posteriormente como la escuela estructuralista latinoamericana, dio nacimiento a una corriente del pensamiento cuya influencia fue de las más grandes y permanentes en el estudio del subdesarrollo.

El punto de partida de Prebisch fue la crítica del sistema de división internacional del trabajo, llamando la atención sobre las aplicaciones del carácter estático de la teoría del comercio internacional, fundamentada sobre el principio de las ventajas comparativas, cuya validez permaneció indiscutida en el mundo académico. Según uno de sus corolarios de esta teoría, el comercio internacional no es solamente un “motor de crecimiento” —sino permite que todos los países participantes el utilizar más racionalmente sus propios recursos—, pero sería igualmente un factor de reducción de las disparidades de los niveles de ingreso entre los países. Ahora bien, los datos empíricos sobre el comportamiento a largo plazo de los precios relativos sobre los mercados internacionales, estaban lejos de confirmar las previsiones que podían ser deducidas de esta hipótesis. Si una evidencia cualquiera existiera, iría en sentido contrario, es decir en el sentido de la concentración del ingreso producido por el intercambio internacional, en beneficio de los países de nivel de productividad y salarios reales más elevados. Prebisch desplazó la discusión del nivel abstracto de los teoremas de ventajas comparativas, al de observación de las estructuras sociales en el seno de las cuales se forman los costos y se apropia el excedente.

La rigidez a la baja de los costos en las economías industrializadas había sido ya señalada por Keynes, que la atribuía a la dificultad de reducir el componente salarial monetario ahí donde las organizaciones sindicales obreras poseían medios de resistencia efectiva. El cuadro sería diferente en los países exportadores de materias primas, tema que debía ser desarrollado enseguida en la teoría del excedente estructural de mano de obra. Existe así en el sistema capitalista una tendencia estructural a la concentración del ingreso en beneficio de los países de organización social más avanzada.

A partir de la convergencia de las ideas de Perroux y Prebisch, me voy a permitir presentar algunas reflexiones sobre el perfil emergente de la realidad económica mundial en rápida transformación. Ciertamente, soy el único responsable del ejercicio de globalización que trataré de hacer, pero no sería lo mismo realizarlo si yo no hubiera sido discípulo de estos dos maestros.

Comencemos por señalar lo más importante, es decir, las dislocaciones de conjunto que presenta actualmente la economía mundial, independientemente de su comportamiento coyuntural. Desde el comienzo de los años ochenta, tensiones profundas se presentaron en los países del Tercer Mundo, como consecuencia de elevaciones abruptas de las tasas de interés y la baja del curso de las materias primas que exportan esos países. Lo que es nuevo y más grave es el drenaje intensivo de los capitales del mundo entero hacia los Estados Unidos. En efecto, la tensión que afecta a la economía mundial deriva, primero, de la inflación reprimida de la economía estadounidense. Esta inflación tiene como causa primordial la caída prolongada de la tasa de ahorro privado, duplicado de una política fiscal laxa y de un déficit intratable de la cuenta corriente de la balanza de pagos.

En efecto, la tasa de ahorro de la economía de los Estados Unidos es hoy 50% inferior al nivel que tenía durante los tres decenios que precedieron al año 1980. Su nivel actual corresponde a un tercio de la tasa de ahorro promedio de los países de la OCDE y a menos a un cuarto de la de Japón. En consecuencia, los Estados Unidos dejaron de ser el más grande acreedor y de capitales del mundo, para convertirse en el más grande deudor.

Este desequilibrio estructural de la economía estadounidense que existe desde hace diez años, es lo que explica el drenaje hacia este país de más de la mitad del ahorro disponible para fines de inversión internacional. Es probable que este desequilibrio se mantenga durante algunos años más todavía. La solución que demos a este problema tendrá un peso decisivo en la futura configuración de la estructura del poder mundial. El declive de la hegemonía económica de los Estados Unidos ha abierto hoy en día un periodo de reajuste de fuerzas. Este reajuste

tendrá efectos difíciles de predecir, pero que serán importantes en las regiones del Tercer Mundo que están más influenciadas por la hegemonía americana.

Otra fuente de tensión que no se debe perder de vista, es el vasto proceso de destrucción-reconstrucción de las economías del Este europeo, que continúan dependiendo de manera considerable de los financiamientos externos de largo plazo, sin poder remunerar esos capitales de forma adecuada. Este factor contribuye a mantener elevadas las tasas de interés. Contrario a lo que pensaban los observadores internacionales en un primer momento, este proceso será largo y podrá absorber todo el decenio actual. El reciclaje institucional será necesariamente difícil. Pero no debemos ignorar que los países del Este disponen de recursos humanos que los colocan en posición privilegiada para la competir con los países del Tercer Mundo en el ámbito internacional. Una vez superado este periodo de reconstrucción institucional, todo nos lleva a creer que en esta región de Europa se abrirá una nueva frontera dinámica de la economía capitalista. En todo caso, existe un trabajo de reconstrucción política a realizar que sobrepasa las capacidades de los mecanismos del mercado.

La construcción de la Comunidad Europea es, sin duda, un proceso irreversible, aún si los ambiciosos objetivos de Maastricht no son alcanzados. Si es verdad que este proceso refuerza la concentración del poder económico, es necesario de igual forma considerar que crea un espacio para la activación de los agentes que trabajan en la esfera cultural en el sentido más extenso. Este debilitamiento de los instrumentos de política macroeconómica sobre el plano nacional, consecuencia del proceso de transnacionalización, exige una acción compensatoria en aspectos todavía abiertos a la invención política. No sabríamos dejar de lado a lo que pasa en Europa occidental que es el ensayo más importante de ir más allá del Estado-nación, en tanto que instrumento de encuadre político de las sociedades que desean conciliar los ideales de libertad y bienestar social, lo que supone evidentemente un nivel de homogeneidad social que es propio de las economías avanzadas. El reto que se presenta a los pueblos europeos es el de inventar un nuevo estilo de desarrollo menos centrado sobre la acumulación, y más enfocado al descubrimiento de los recursos profundos de la angustia humana.

Independientemente de los cambios de configuración de la estructura del poder político mundial, la redistribución geográfica de las actividades productivas, engendrada por el choque de las nuevas técnicas de comunicación y de tratamiento de la información, va a continuar, lo que provocará la intensificación del proceso de concentración, en beneficio de los países desarrollados, de las actividades de creación, tanto aquellas que aporten innovaciones como aquellas que son un simple instrumento de poder.

Por otra parte, todo lleva a creer que asistiremos de igual forma a la continuación del proceso de conglomeración sobre el plano internacional, gracias sobre todo a la concentración creciente del poder financiero y a los acuerdos firmados en el marco del GATT sobre la propiedad industrial y el control de la actividad intelectual, lo que acrecentará más la fosa entre países desarrollados y subdesarrollados.

Frente a la progresión de la internacionalización de los circuitos informáticos, financieros y tecnológicos, los sistemas económicos con base en el poder nacional seguirán debilitándose. Las actividades estatales tendrán más bien tendencia a circunscribirse a los aspectos sociales y culturales. Los países como la India, China y Brasil, que se caracterizan por una heterogeneidad cultural y/o económica aguda se verían sometidos a presiones crecientes en el sentido de su desarticulación como sistemas económicos integrados. La contraparte de la internacionalización en exceso, es la contracción de los lazos de solidaridad histórica que todavía unen, para ciertas nacionalidades, poblaciones marcadas por disparidades acentuadas de nivel de vida. Así, el reto más grande será inventar nuevos cuadros institucionales capaces de asegurar ciertas funciones que han sido llenadas por el Estado nacional: el ejercicio del poder coercitivo para llegar a objetivos legítimos concertados por una sociedad.

Por otro lado, la acción política internacional deberá facilitar el acercamiento a los problemas ligados al equilibrio ecológico, al control de las drogas, a la lucha contra las enfermedades contagiosas, y a la erradicación del hambre y el mantenimiento de la paz.

La esfera económica deberá estar bajo la influencia creciente de los conglomerados internacionalizados, y estos deberán delimitar el espacio a ocupar por las actividades de alcance local y/o informal. La importancia del sector informal definirá el grado de subdesarrollo o retardo relativo de cada región: subregiones desarrolladas y subdesarrolladas serán probablemente enmarañadas como compartimientos de ciertos espacios políticos, lo que contribuirá a fortalecer todavía más las desigualdades sociales. Confundido con la exclusión social, el concepto de subdesarrollo tenderá a perder su connotación geográfica actual. El subdesarrollo será de más en más concebido como una fase que puede ser sobrepasada, mientras que la exclusión social es una situación estructural estable, engendrada por el progreso técnico, que se presenta tanto en regiones ricas como en pobres.

La estructura internacional del poder evoluciona para tomar la forma de grandes bloques de naciones-sedes de las empresas transnacionales, que disponen de una rica reserva de conocimientos y de personal operativo competente. Ahora bien, el intercambio internacional de servicios, particularmente de los servicios financieros y tecnológicos, crece más rápidamente que el intercambio de bienes tradicionales. A través de la dinámica de este

mismo sistema, las fuerzas que predominan son las que tienden a reproducir y a agravar la separación actual entre desarrollo y subdesarrollo, esto universalizado bajo su nueva forma de exclusión social.

En resumen, hoy como en el pasado, la lógica económica no es complaciente con los débiles. Es por esto que no debemos perder de vista el pensamiento convergente de Perroux y Prebisch, orientado hacia la acción y cimentado sobre el compromiso con los ideales de libertad y solidaridad social.

En efecto, es por la voluntad política que el hombre es capaz de superar esta lógica perversa y de llegar a cambiar su historia. Lo que es nuevo en nuestros días es la evidencia de la universalidad de la historia, de la interdependencia de todos los pueblos. Ya que el hombre contemporáneo puede destruir el planeta, no tiene salvación fuera de una creciente solidaridad ecuménica. Los fundamentos de esta solidaridad, nos dice François Perroux, deben de ser inteligibles a todos, susceptibles de ser comunicados racionalmente, en la línea de un pensamiento que nos liga a la gran tradición humanista europea.